

Derrota íntima

Enrique Arias Beaskoetxea

Atrapar las cosas, más que decirlas.

Marguerite Duras

*La poesía es secreto hablado que necesita
escribirse para fijarse.*

María Zambrano

Cómo cansa ser todo el tiempo uno mismo.

Julio Cortázar

Poema nº1

El abandonado cae, cede,
se deja llevar por las ondas
quebradizas del desamparo.

No duele la ausencia,
la muerte del amor,
el desprecio de la entrega,
duele el abandono
del amante frente a un muro,
duele sobre el corazón herido
la carga del derribado.

Caen los signos interrogantes
a la tierra mojada,
caen las hojas muertas
del bosque durmiente.

Cae el apelativo
que conforma a la amada
junto al estruendo
de la tormenta
sobre el mar oscuro.

Cae el fenómeno mudo
de los seres separados,
inexplicable desgracia
marcada por una línea fina
entre océano y cielo
al partirse en el horizonte.

Poema nº2

El pesaroso se duele
por sus manos ausentes
cortadas por un hachazo
brutal, atroz, altivo.

Manos para escribir cartas,
para acariciar el cuerpo
de la amada entregada,
manos que dan a las palabras
énfasis, manos que recitan.

Manos para sostenerse
en el muro de piedra,
manos desalentadas
en el aire, solitarias,
huérfanas, abandonadas.

Manos incapaces
de trazar sombras chinescas
en la pared vacía
ante la luz de una vela.

- garza aleteante
en la bruma del ocaso-

En la oscuridad,
pared y sombra
son las fronteras
de la cruel cárcel
para las manos amputadas.

Poema nº3

El nadador aprende
la historia de las tres olas
consecutivas, tres hermanas,
una lección no escrita
de relación con la mar.

Aprende a esperarlas,
a reconocerlas por la espuma,
por su fuerza, por su rapidez.
Aprende a conocer
el momento oportuno
para entrar o salir
de la mar ileso.
Que con un oleaje sea
retenido y rechazado,
y que con otro sea
empujado y salvado.

Enseñanza que será propia
cuando deje de observar,
cuando olvide contar olas
y sea la visión intuitiva
la que indique
el momento oportuno.

Lección transmitida,
a su vez, a los pequeños
de la casa, recién llegados
al mundo de la mar.

Así el ciclo de la vida
continuará, marcando
-lo aprendido, lo enseñado,
lo olvidado, lo repasado-
en carne y hueso
de la experiencia.

Poema nº4

El silencioso busca
los espacios de la paz
-brújula atraída por el norte-
en habitaciones invernales
cercadas de días grises
cuando ya ha cesado
la actividad humana.

Reserva huecos urbanos
en las horas de la mañana
aún no ocupados
por la partida de la gente
hacia destinos inciertos.

Escoge esquinas,
rincones de abrigo
desde donde pueda
extender la mirada
hacia el océano dormido.

En días cálidos y claros
cuando se introduce
en la mar, abandonado
el mundo de la orilla,
el cuerpo es a un tiempo
impulso y ruptura
en el intervalo sin medida
entre dos burbujas
creadas por el aliento.

Regresa a la arena
y se sienta erguido
en la práctica atenta
sobre todos los objetos
que son uno en el silencio.

Rara vez llega
a esa esencia del sosiego,
entonces se abstrae y escribe
ajeno a mundos y seres
centrado en el fluir
acompañado de la pluma
sobre el papel blanco,
temiendo haber perdido

ese verso acaso luminoso
que traía con cuidado
en la cuenca de sus manos
para que no se deslizara
hacia el abismo
antes de ser escrito.

Poema nº5

El paseante se retrae,
ante el temor o el peligro,
no huye ni lucha,
se recoge en su coraza,
cortando los hilos
que le unen a lo terreno,
el aliento reducido,
los músculos inmóviles.

El cuerpo bajo la concha
-tortuga que se retira
del mundo exterior-
se centra en lo interno,
donde piel y huesos
están unidos, soldados.

Ver, oler, sentir el mundo
con la serenidad alcanzada
en el interior de queratina.
Dejará que pase el tiempo
hasta que llegue el momento
oportuno para asomarse
y salir a la superficie.
El temor huirá frustrado
ante la quietud,
ante la inacción.

Reanudará su lenta marcha
por el mundo pleno
de obstáculos, peligros
que sorteará con actitud
escasamente indiferente.

Continuará su camino,
con voluntad pasiva
hasta que aparezca
el próximo dilema.

Poema nº6

El silencioso se aparta
del mundo estridente,
rehuye el contacto
humano, las palabras
y sonidos incesantes.

Se refugia en las esquinas
de la existencia
en busca de un mutismo,
una quietud de labios apretados.
Cierra las ventanas
al mundo y sus asuntos,
al cielo y a la tierra,
a todo ser viviente,
a sus luces y aullidos
en el espacio pleno
de hábitos absurdos.

Se ovilla sobre sí mismo,
inmoviliza el cuerpo
exhausto, vencido.
Ralentiza el aliento
con el rítmico paso
de las cuentas de rosario.

Quisiera detener
el curso de la mente,
hallar el silencio interno
donde nada duele
y todo se comprende.

Entre el sueño y el desvelo
se introduce en el agua
viendo el ascenso
de las burbujas de aire
desde el líquido profundo
hacia una luz
color verde agua,
final de recorrido
donde desvanecerse
con el último rayo
que atraviesa
el océano sordo,
mudo e inmóvil.

Poema nº7

El expectante quema
los últimos y gastados anhelos,
castillos de armazón débil,
en la hoguera
de madera decepcionada.

Se sienta a contemplar
el centelleo del fuego
incapaz de moverse
mientras aún queden
restos por quemar,
suspiros que exhalar.

Observa las llamas
sin piedad ni nostalgia,
hasta llegar con calma
a la última brasa candente,
anónima, tapada
por una colina de ceniza.

Del interior apagado
tomar con las manos
la esencia del silencio
para llevarla al centro
de su pecho,
último reducto
de un afán intocable,
ciudad preparada
para la estancia del mutismo,
dejándose llenar
por una luz sosegada.

Poema nº8

El derrotado convoca
a las nubes negras
a que desciendan de los montes
y tapen el sol inusual y tibio,
a que oculten el firmamento
cambien el color de la mar
hacia un verde nocturno,
a que vistan los acantilados
con una bruma lastimosa.

Se sienta frente al mar
para observar la negrura
deshacerse en espuma blanca
mientras nota que le invade
el frío en los huesos
y que el viento sacude
el pelo y las ropas.

Abre los ojos a esa realidad
parecida a una derrota íntima
ajena al movimiento
de los astros no visibles.
Inmóvil el cuerpo,
deja que la mirada
se deslice por la lámina
de agua apenas inquieta,
apenas adivinada.

Se desarman los pensamientos,
suspira con fuerza
el anhelo de vaciarse
de amargura y espanto.

Acaso pasan las horas
sin movimiento,
aislado en su derrota
inaudible para los otros,
imperceptible estado
del que se ha rendido
ante el mundo, la tierra,
ante las personas y la vida.

Poema nº9

El nadador se sumerge
en el agua fría
de la primera hora
de la mañana.
Siente el escalofrío
ante el contraste,
la mirada se adapta
al líquido enturbiado,
el cuerpo se hunde
decidido, libre.

Siente ser uno,
un ser, un individuo
mientras avanza
y se desliza instintivo,
ausente el esfuerzo.

Se aísla del mundo,
sus gentes numerosas,
sus ruidos estridentes,
sólo escucha su aliento
expirando en el agua.

Mientras avanza
al ritmo de los brazos
abandona cuerpo y alma,
agua rasgada
e impulso vital.

Por último anhelo
tener al alcance
una burbuja de aire,
nadar en la bonanza
de la mar abierta,
desaparecer en las aguas,
no ser más tiempo
turbio e inquieto,
ser apenas luz tamizada,
una gota de la estela
que marca y borra su rastro.

Poema nº10

El solitario amanece
en la penumbra
de la habitación
de un único huésped.

Se incorpora
entre el sueño y la desgana.
Se acerca a la ventana
a ver el progreso
de un rosal nacarado
con una singular flor
pegada a un muro
que protege su existencia
efímera y débil.

Con un café en mil sorbos
se sitúa en el mundo,
 nombra el día que llega,
nuevo y agotado,
vacío de contenido.

La mar viene inquieta,
su fondo se agita
en un día sin viento,
levanta del lecho
como desperdicio
lo que la lluvia arrastra:
lodo, piedra, madera...

Con el último sorbo
suspira,
no hay citas,
nadie llamará,
a nadie espera.

Acepta su silencio
como única compañía
un paso más del desapego
por el mundo y sus afanes.

Poema nº11

El desamparado camina
bajo el sol, busca
una esquina, una sombra
donde el temor se esconda,
una pared de apoyo
para apaciguar el aliento.

Cuando alcanza la casa
retrae los sentidos
de las vidas y turbulencias externas,
acalla el pensamiento
refugio de temores presentes
de espantos anticipados.

Toma un libro con cuidado,
se sienta en el suelo
donde relee un poema
en el que recogerse,
donde acaso una palabra selecta,
un verso luminoso
sirva de último resguardo.

Parecido a la mariposa
atrapada entre las hojas
al cerrar el libro.

Detenido el tiempo,
suspendido el mundo,
el temor ya lejos,
resta ahora vivir en silencio.

Poema nº12

El nadador se detiene
en la alta mar
recupera el aliento
deja que el cuerpo
leve, ingrátido,
sea llevado por una corriente
de agua fría.

La mirada se extiende
sobre la lámina de agua
hasta el horizonte,
un instante para sentir
el rumor inquieto
del abandono.

No ignora que a su espalda
existe orilla y acantilado,
humanidad y edificios.
El mundo permanece
cauto y ruidoso.

Aprovecha ese momento
y sueña devenir
gota de agua salada
que lenta se diluye
en una amplitud callada
sin límite para la vista.
Una gota que posee,
en su interior, la esencia
del océano extenso.

Poema nº13

El aislado se topa
con paredes de aire
a tres pasos de la casa.
Es la muralla invisible
que le separa, le aleja
de la vida convulsa,
Regresa a la torre
levantada en un islote
frente a los acantilados.

Apoya la mochila
contra la pared,
con trato minucioso
coloca sus pertenencias,
hace recuento de víveres
que no va tocar,
observa el polvo acumulado
que no puede retirar
ahora ni quizás mañana.
Tumba el cuerpo
ovillado, protegido
el pecho con los brazos,
la cabeza se apoya
sobre cojines suaves y frescos.
Cuerpo dolorido, abatido,
extenuado en la larga
travesía de una vida.

Dispone su mente,
la aquieta y silencia
con atención y cautela
-observador invisible,
atento y cauteloso-
de la conversión lenta
de la herida en cicatriz.

Rencor y presentimiento
mirarán, reteniendo
la náusea, la frontera
que separa la tierra
de la campana de cristal.
Fuera de ella habita
el peor de los sueños:
la pesadilla llamada mundo.

Poema nº14

El fugitivo parte temprano
de la casa en busca
de las primeras imágenes.

Ensoñación del nuevo día.
El amanecer.
La impresión.

La mar rasgada de luces
aún encendidas
por los barcos que regresan
a puerto sin prisa.

La aurora se presenta
en su fugaz instante.

Toma esa imagen
por alimento y conjetura
para su ánimo desolado.

Tiempo sin luz hiriente
para ojos habituados
a mirar lo interno,
tiempo sin molestia
para la sensación primera
del vigía del alba.

Nubes que se rasgan
cuando crece la luz nueva
rompiendo el cielo
en leves pedazos
de desconsuelo.

Antes de que aparezca
persona alguna
desanda los pasos
y se recoge en la casa,
último refugio vital
para el derrotado
de una guerra taciturna
entre él mismo y su sombra.

Poema nº15

El enfermo, ese humano
parecido al axolotl
de Julio Cortázar,
permanece absorto
con los ojos plenos
de luz externa
mas ensimismado
en su abisal mundo.

Se ignora si ha quedado
estupefacto ante el mundo,
sus miserias, sus maldades,
si ha decidido no expresarse
para no ensuciar
ni en susurros
su idioma irredento
o si quizá permanezca
absorto en el sosiego
doliente, malsano.

Fue atravesado por un dolor
que dejó estrías en su mente,
tiene clavados alfileres
bajo la piel, lleva
un punzón inserto
en el esternón, impedimento
para que su corazón lata,
ha rozado sus puños
contra un muro
intercambio de sangre
por paz para su alma.

Así decidió el retiro
hacia una existencia marchita,
inmovilizarse para no sentir
ese dolor que se duele
de su propia existencia.
Una parada del aliento,
una condena
a ser traspasado
por un dolor que no cesa.

Mientras tanto, inmóvil
espera que llegue el fin

del dolor, de la pena,
de la vida, el fin
de su propia mirada.

Acaso esa quietud
sea la única forma
de estar en el mundo,
de ser en la vida.

Poema nº16

El lector se complace
en su retiro con los poemas
de una escritura rusa,
lejanía y fulgor
de una escritura
ya de otro siglo.
Con la última estrofa
levanta la vista
hacia el puerto,
llega el momento
de observar la salida
a la mar de los barcos.

Buscarán su lugar,
punto de coordenada
preferida para esperar
el improbable fruto,
las capturas escasas
de toda una noche
de repetido esfuerzo.

El viento se levanta,
balancea las barcas
con fatigados choques,
llega de una oscuridad lejana.
Viento que empuja la bruma
que cubrirá las barcas
hasta no hacerlas visibles

El lector descuidado
ha dejado que el viento
enfríe su cuerpo,
la bruma le rodee,
le penetre hondo
en la lánguida noche,
deje un ánimo quieto,
apagado, sosegado.

Una luz verde
solitaria en la bruma
será el punto de referencia
para pescadores y paseantes.
Un cómplice, un apoyo
en este mundo nocturno

cubierto por la blancura
envolvente, desoladora
hasta la llegada de la aurora,
destructora de las sombras,
anuncio de la mañana.

Poema nº17

El paciente se sienta recto
en la silla incómoda, concisa
de una maldita sala
de espera sin ventanas.
Acomoda la espalda
al plástico molesto,
rastrea en cuerpo y mente
la huella de su malestar.
Fija la mirada en la pared,
evita los ojos de la gente,
sus intentos de conversar,
sólo quiere respirar suave
dejando pasar el tiempo.

Tras una puerta aguarda
una tregua para el dolor
de la psique perturbada,
un espacio que admite
el discurso del paciente,
discurso preparado
en días anteriores.
Pleno de fecha y datos,
procura no olvidar nada
de lo ocurrido entre citas.
En el despacho,
tras la mesa repleta de papel
en carpetas mal apiladas
y una caja de pañuelos,
la locución será recibida
sin cortapisas, admitida
casi en silencio deviene
consuelo para el paciente.

Incondicional escucha,
punteada por frases certeras,
claves que abren puertas
no inscritas en el papel.
Entre esas paredes
los elementos de la vida
no son antagonistas puros
-cordura versus demencia-
sino apenas algunas piezas
del material del que todos
estamos formados.

Poema nº18

El caminante de la noche
en la hora que presagia
la cercanía de la aurora
toma fotos del mundo.

Imágenes del sirimiri
que todo lo domina,
de olas destinadas
a estallar contra la roca,
de la playa vacía,
arena lisa y húmeda
mas llena de restos
por la mar aportados
en la pasada noche.

Imágenes del barrio
de muelles despoblados
en esta hora de la mañana
recién estrenada.
Casetas de marineros
cerradas al trabajo,
somnolientas redes,
mecidos barcos
en espera de ocupante.

Imágenes que retienen
un instante de luz,
un rastro en el agua,
un sobrevuelo en el aire,
una quietud de las horas
y una ausencia del fuego
perdido en las caídas,
abandonos y fracasos
en el pasadizo de la vida.

El caminante abstraído,
observador y testigo.

Y el dique siempre presente,
elemento de resguardo
y acaso de aislamiento.

Poema nº19

El constructor rehace
la casa derruida
por la tormenta.
Casa endeble
para un viento furioso.

Escoge materiales
para levantar paredes,
abre ventanas capaces
de acoger miradas,
instala puertas de madera,
tejas rojas en el techado
inclinado para la lluvia
que llegará en el otoño.

Sigue la esperanzada senda
del que busca la muerte
del ciclo vital, sempiterno
que sin piedad y obstinado
deshace un dibujo en la arena.
El eterno retorno,
de lo que hoy se alza
y mañana se destruye,
apenas será permanencia vana.

De alguna manera
se prepara para detener
la rueda que gira
con el único impulso
del deseo constante,
certero instrumento
de decepción y fracaso.

Limitados utensilios,
el silencio y la soledad,
para sus manos recogidas
inmóviles en el regazo.

Poema nº20

El íntimo habita
la casa retirada,
próximo a la mar, él es
observador desde la lejanía,
silencioso, desapegado.

Mariposa encelada
en una lámpara de papel,
buscando la palabra
exacta, contraseña
que señale la salida.

Ave retenida
en una jaula de aire
llena de dudas,
girando, planeando
sin conocer descanso,
en dilema por la roca
óptima donde posarse.

Pez en un acuario
que con ojos de melancolía
sueña la amplitud lejana
de un océano abstracto
que apenas recuerda.

Y mientras tanto,
escritura negra
en papel blanco
y eso que llaman
vida interior.

Poema nº21

El apesadumbrado inspira
el negro soplo de la vida,
suspira una vacuidad densa
que le hunde poseído
bajo el peso de la pena.

Su espacio se angosta,
no queda pasaje habitable
ni horizonte posible,
apenas una esquina de los pesares.

Su cuello se curva,
sus ojos quedan entreabiertos
sin lágrimas pendientes,
sus labios se cierran
con los dientes clavados.

Cae sobre el pecho
la lentitud del tiempo,
perdida la resistencia
sus pies ya no se mueven,
el cuerpo desazonado
se rinde inmóvil.

En un rincón, sin recursos,
sin escapatoria
se hundirá de costado
en la pausada melancolía,
piedra lanzada al lago
que no deja círculos esparcidos
en la superficie.

Hundidas en el cieno
se encuentran ambas caras
de la moneda:
el peligro de la caída
y la salida que salva.

Mas perdida ocasión y motivo,
y toda puerta de escape,
queda un camino de recogimiento
en la desesperanza.

Poema nº22

El indeciso queda atrapado
en la telaraña de la duda,
permanece inmóvil
mientras a su alrededor
crece silente la maraña
de caminos sin salida.
Se rinde, abandona
sus fuerzas a lo inevitable,
da tiempo al tiempo
y así, apático, especula.

El mundo con sigilo
toma el mando
y el empuja a la vida.
Un golpe de una mano
sin sonido en el espacio,
una ola de espuma
traída por el viento
ha quebrado su cerco
de hilos finos trenzados.

En envite demanda
una resolución inmediata,
una décima de segundo
fugaz ante el universo
de dudas y fracasos.

Los siguientes actos
avanzan inflexibles,
tras ellos las consecuencias
a la espera se preparan
para un destino dudoso
que ojalá no sea estancarse,
pegarse a la pared,
no tomar un camino
hasta que el aliento
retorne a su ritmo
natural e inconsciente.

Poema nº23

El aprendiz de poeta
se queda enredado
en la oscura selva
de palabras perdidas.
Falta el calificativo preciso.
Se detiene el curso del verso,
queda la pluma pendida
en el aire sin hallarlo.

Cuando aparezca
será energía silenciosa
que rompa la red blanca
que retiene al poeta.
Recompensa liviana
para la continuidad.
Entonces la escritura
prosigue trémulo camino
hacia el final del poema.

Sin embargo, no se repara
el tiempo detenido,
la duda y la carencia
quedan marcados
en la herida del poema.
Desgarradura de lo escrito
por la cicatriz de vocablos.

Recitar en voz alta,
una y mil veces,
hasta que se deshaga
el nudo en el ovillo
y sea al fin escritura
natural y continua.

Poema nº24

El enfermo se enreda
en la trama de sus males,
desconcierto en la línea
de un destino sin rumbo,
un desatino sin sentido
que rodea todo su ser.

Con la edad sin descanso
avanza el desgaste
con la constancia del agua
contra la piedra,
horadando huesos,
minando la piel,
gastando la vista.

Un día la mente frágil
se rompe con estallido
del ruido del vidrio
contra el suelo de piedra.
La mente no ha resistido,
agotada en su real lucha
contra sí misma,
una destrucción hábil,
constante, severa
en un ánimo ya rendida.

El afán del enfermizo
apenas dura
unas horas mínimas
para sostener la jornada
sin desfallecimiento.
Después vendrán noches
sin final, años
de astenia vital.

Sólo queda el refugio
del silencio, la soledad
amansadora de turbulencias.

Poema nº25

El enfermo quisiera rendirse,
proclamar con calma
el fin de sus fuerzas.
Retirarse, reclinar
la cabeza en una suave
almohada fresca.

Escribir un testamento
escueto y sincero
que reparta sus bienes,
despedirse de aquellos
que aún le importan
y decir su última voluntad:
ser incinerado con maderas
orientales y aromáticas,
que sus cenizas viajen
en farolillos de papel
en la mar que tanto quiso.

Espera ser despedido
sin acritud ni nostalgia
por aquellos que acaso
amados y defraudados
pierdan una lágrima
al pisar el final del muelle.

El último ruego:
que no canten canción triste
-como pedía la poeta-
en la hora del adiós
por aquel que tan poco
quiso esta vida terrenal.

Epílogo

“Escribir es defender la soledad en que se está; es una acción que sólo brota desde un aislamiento efectivo, pero desde un aislamiento comunicable, en que, precisamente, por la lejanía de toda cosa concreta se hace posible un descubrimiento de relaciones entre ellas.

Pero es una soledad que necesita ser defendida, que es lo mismo que necesitar de justificación. El escritor defiende su soledad, mostrando lo que en ella y únicamente en ella, encuentra.

Habiendo un hablar, ¿por qué el escribir? Pero lo inmediato, lo que brota de nuestra espontaneidad, es algo de lo que íntegramente no nos hacemos responsables, porque no brota de la totalidad íntegra de nuestra persona; es una reacción siempre urgente, apremiante. Hablamos porque algo nos apremia y el apremio llega de fuera, de una trampa en que las circunstancias pretenden cazarnos, y la palabra nos libra de ella. Por la palabra nos hacemos libres, libres del momento, de la circunstancia apremiante e instantánea. Pero la palabra no nos recoge, ni por tanto, nos crea y, por el contrario, el mucho uso de ella produce siempre una disgregación; vencemos por la palabra al momento y luego somos vencidos por él, por la sucesión de ellos que van llevándose nuestro ataque sin dejarnos responder. Es una continua victoria que al fin se transmuta en derrota.

Y de esta derrota, derrota íntima, humana, no de un hombre particular, sino del ser humano, nace la exigencia del escribir. Se escribe para reconquistar la derrota sufrida siempre que hemos hablado largamente.”

Por qué se escribe.

Revista de Occidente, junio de 1934

María Zambrano